

... armas del señorío de la ciudad de Tzintzuntzan, que son el rey Chiguanga, y el rey Sinsicha Tanguajuan; y que hubo otro llamado Characu ó Rey Niño, según una relación antigua que cita el venerable padre Basalenque, y se mencionará en el capítulo "X." (1) La relación indicada fué escrita en lengua pirinda por uno de los primeros indios bautizados. Reinando Characu, invadieron el reino los tecos, gente de lengua popoloca de la misma estirpe que los de Tecamachalco y Tecoac, quienes ayudados por otras tribus, se presentaron por el Occidente. No contando el rey con fuerzas suficientes para reprimir á sus contrarios, ocurrió á los matlatzinea, nación belicosa, enemiga de los mexicana, porque llevaban con impaciencia su yugo: seis capitanías de guerreros salieron de Tolloca, presentáronse á Characu y recibidas órdenes se pusieron en campaña. Ayudoles la fortuna, muchos enemigos quedaron muertos en los campos, fueron los sobrevivientes escarmentados, tornando los vencedores á pedir el premio de sus servicios. Diéronles tierras en que se avecindaran, con el gravámen de servir en la guerra cuando fueran requeridos; escogieron los términos entre Teripitió é Indaparapeo; las familias nobles fundaron á Charo, las de ménos calidad á Undameo, la gente menuda se extendió por los altos, que en tiempos modernos se llamaron de Jesus y Santa María. (2) No acertamos á saber quién fué Characu, á no ser que lo identifiquemos con Zizispandacuare, á quien se le llamara el Niño al principio de su reinado.

CAPITULO IV.

MICHHUACAN.

Characu. — Guerras contra los mexicana. — Prodigios anunciando la venida de los castellanos. — Zuanqua. — Motecuhzoma pide socorro á los tarascos. — Zinzichi Tanguajuan. — Sacrificios de los embajadores mexicana. — Civilización. — Nombres. — Religión. — Dioses. — Fiesta de las primicias de los campos. — Sacerdotes. — Gerarquía sacerdotal. — Sacrificios humanos. — Antropofagia. — Profecía. — Organización social. — Nobleza. — Gremios y cargos. — El Cazonci. — Servicios de su casa. — Sucesión. — Muerte y exequias. — Elección y proclamación. — Ceremonia de la guerra. — Contingentes. — Armas. — Combates. — Espías. — Cautivos. — Exequias por los muertos en la guerra. — Leyes y penas. — Nombramiento de los señores. — Matrimonio. — Repudio. — Trajes. — Artes mecánicas. — Pintura en madera. — Mosaico de plumas.

HEMOS establecido la historia de Michhuacan por la relación que juzgamos más auténtica; pocas noticias aparecen en algunos autores, que como complemento aumentaremos aquí. Según una versión: "Diez y nueve monarcas contó, (Michhuacan) desde Huahuitzicatzin hasta Caltzotzin ó Cinzica. (1) No dice los nombres, ni el orden sucesivo de esos reyes, pareciéndonos exótico el apellido del primer monarca.

El cronista de Michhuacan, (2) escribe:—"Sólo sabemos de tres de sus reyes, que representa el pendon donde están las

(1) Tardes americanas. Sácalas á luz el M. R. P. Fr. Joseph Joaquín Granados. México, 1778. Pág. 184.

(2) Crónica de la provincia de los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo de Michoacan, por Fr. Pablo de la Purísima Concepción Beaumont. Lib. 1, cap. VIII. MS.

armas del señorío de la ciudad de Tzintzuntzan, que son el rey Chiguanga, y el rey Sinsicha Tanguajuan; y que hubo otro llamado Characu ó Rey Niño, según una relación antigua que cita el venerable padre Basalenque, y se mencionará en el capítulo "X." (1) La relación indicada fué escrita en lengua pirinda por uno de los primeros indios bautizados. Reinando Characu, invadieron el reino los tecos, gente de lengua popoloca de la misma estirpe que los de Tecamachalco y Tecoac, quienes ayudados por otras tribus, se presentaron por el Occidente. No contando el rey con fuerzas suficientes para reprimir á sus contrarios, ocurrió á los matlatzinea, nación belicosa, enemiga de los mexicana, porque llevaban con impaciencia su yugo: seis capitanías de guerreros salieron de Tolloca, presentáronse á Characu y recibidas órdenes se pusieron en campaña. Ayudoles la fortuna, muchos enemigos quedaron muertos en los campos, fueron los sobrevivientes escarmentados, tornando los vencedores á pedir el premio de sus servicios. Diéronles tierras en que se avecindaran, con el gravámen de servir en la guerra cuando fueran requeridos; escogieron los términos entre Teripitió é Indaparapeo; las familias nobles fundaron á Charo, las de ménos calidad á Undameo, la gente menuda se extendió por los altos, que en tiempos modernos se llamaron de Jesus y Santa María. (2) No acertamos á saber quién fué Characu, á no ser que lo identifiquemos con Zizispandacuare, á quien se le llamara el Niño al principio de su reinado.

México y tarascos fueron constantes enemigos, sin que todo el poder del imperio fuera parte para apoderarse de Michhuacan. Axayacatl marchó con poderoso ejército contra los tarascos; asentó su campo en términos de Tlaximayolan, y despues de dos dias de encarnizado combate en que pereció la flor de los guerreros, Cuachic y Otomitl, tuvo que retirarse huyendo á su capital. (3) En el reinado de Motecuhzoma II, fué cautivado el valeroso guerrero Tlahuicole, á quien se dió el mando de un poderoso ejército con orden de invadir el reino de Michhuacan. El intrépido general llevó sus guerreros sobre las fronteras, extendiendo sus

(1) Basalenque, Crónica. S. Nicolás Tolent. aug. de Michoacan, cap. 15, lib. 1.

(2) Crónica de Michoacan, por Beaumont, lib. 1, cap. X, MS.

(3) Durán, hist. de las Indias de N. E., cap. XXXVII.

correrías por Tlacomaloyan, Maravatío, Acámbaro y Tzinapécuaro, y aunque no pudo tomar las plazas ni vencer á los tarascos, quitóles cuantioso despojo, con algunos prisioneros. (1) Más que victoria, aquella expedición fué descalabro. Para vengarse Motecuhzoma previno muy cuantioso ejército, dando órden á sus generales de no descansar hasta alcanzar el vencimiento. Viéndose amagados los tarascos de peligro tan grande y no teniendo suficientes fuerzas que oponer á los contrarios, ocurrieron á un ardid; reunieron copiosos mantenimientos de comida y bebidas fermentadas, que pusieron á lo largo de la línea ocupada por los méxica. Comenzada la batalla, tras liviana resistencia, huyeron los michhuaca en la dirección convenida, siguiéndoles con ardor los vencedores; mas cuando éstos llegaron á la vista de las viandas, cesaron la persecución, entregándose á comer muy de propósito, de hambrientos ó de seguros. Cuando estuvieron hartos y embriagados, los tarascos cayeron muy de pensado sobre ellos, matando la mayor parte, cautivando á muchos. (2) Muy más sangrienta fué aquella rota que la primera.

Pasaron estos últimos acontecimientos en el reinado de Zuangua, llamado también Tzihuanga. Poco tiempo después comenzaron los prodigios precursores de la venida de los castellanos. Por cuatro años continuos los templos se hendían, no obstante que de nuevo los cerraban, cayéndose las piedras de alto á bajo, sin razón conocida. Papas y devotos tenían sueños en que los dioses se les aparecían pronosticándoles males próximos á verificarse. Vigxú, señor de Vcareo, tenía entre otras una manceba, á quien la diosa *Cuerabaperi* sacó de su casa una noche; llevóla el númen primero por el camino de México, después por el de Araro, sacó una jícara que traía atada á las enaguas; la lavó, puso dentro agua con una simiente blanca, y dándole á beber la despidió diciéndole quién la había de llevar en adelante. Yendo por el camino que la diosa le señaló, encontró una águila con una gran berruga en la frente, que erizaba las plumas, silbaba, y decía ser el dios *Curicaberi*: "sube aquí encima de mis alas, la dijo, y no tengas miedo de caer." Obedeció la mujer, que sobre tan extraña cabalgadura fué transportada al pie de la montaña de Xa-

(1) Torquemada, lib. 2, cap. LXXXII.—Clavigero, hist. aut., tom. 1, pág. 204.

(2) Beaumont, Crón. de Michoacan, lib. 1, cap. X, MS.

naota hucario, y levantada después en lo alto. Con asombro distinguió que los dioses estaban congregados, entiznados todos, con sus guirnaldas de trébol y demás insignias, sentados, con muchos manjares, diversas maneras de vino tinto y blanco de maguey, de ciruelas y de miel. Dijo el águila á la mujer: "sientate aquí y verás lo que pasare;" obedeció y estuvo atenta. Estaba *Curitacaheri*, el mensajero de los dioses, con su hermano *Tiripamecuarencha*, *Curicaberi*, la madre de los dioses *Cueravaperi*, *Xaratanga*, *Hurendecuavecara*, *Querendaangapeti*, todos los dioses de la mano derecha y de la mano izquierda. *Tiripamecuarencha* alzó la voz recordando al congreso los tiempos pasados, y cómo estaban prestos á venir nuevos hombres que todo lo existente destruirían, sin dejar los cues, ni los fogones, ni levantar más humo. Terminó su discurso diciendo: "Y tú, mujer, que estás aquí, que nos oyes, publica esto y háganselo saber al rey que nos tiene á todos en cargo, Zuangua." Los dioses se retiraron limpiándose las lágrimas.

Pasó esto al reir del alba, y al terminar la visión era de noche, encontrándose la mujer sola al pie de una encina, sin otro objeto delante que un gran peñasco. Tomó por el monte, cantando, hasta que á la media noche fué descubierta por los papas de la diosa *Cuerabaperi*, á quienes refirió cuanto había visto. Ellos tuvieron el sueño por grande agüero, hicieron sus ceremonias, determinando avisarlo al rey: puestos en camino, llegando á Aratacuaro encontraron á Zuangua, que estaba borracho. Diéronle la relación, que no le maravilló mucho, puesto que á su turno contó á los sacerdotes, cómo estando un pescador en una balsa pescando con anzuelo, picó un gran bagre, saliendo luego del río un caiman que arrastró al pescador al fondo de las aguas, aquel dios caiman hizo la misma predicción al pescador, sacándole luego fuera del río para ir á dar aviso á Zuangua. (1)

Cuando los castellanos, al mando de D. Hernando Cortés, hicieron pie en las costas del imperio y dieron á conocer su determinación de penetrar hasta la capital del Anáhuac, Motecuhzoma envió una embajada compuesta de diez personas principales con ricos presentes de turquesas y *chalchihuitl*, plumajes verdes, diez rodelas con cercos de oro, *maxtlatl* y mantas finas. Llegados

(1) Relación de Mechuacan, pág. 67—75.

á Taximaroa, el gobernador de aquella frontera les dió paso hasta Tzintzotzan, en donde fueron recibidos por Zuangua, hablándoles por medio del *nahuatlato* ó intérprete Nuritan. Los embajadores expusieron la llegada de los hombres blancos, describieron sus armas y los animales desconocidos sobre que venían caballeros, mencionaron los combates contra ellos tenidos; terminando con pedir socorro de gente á fin de exterminar á los invasores. Receloso Zuangua de los méxica, para cerciorarse de la verdad de los hechos que le habían relatado, previa consulta de su consejo, determinó que los embajadores volvieran á México acompañados de cuatro intérpretes, los cuales deberían informarle de lo que con sus ojos vieran. (1)

Mientras los Michuaca quedaban inquietos, haciendo conjeturas acerca de los blancos y de sus caballos, explicándoselo todo por las antiguas transformaciones de sus dioses, los mensajeros y nahuatlatos tornaron á México. Embarcados en canoa entraron á la ciudad de noche, los intérpretes dijeron á Motecuhzoma, que mientras se aprestaban las tropas que en socorro debían venir, ellos traían encargo de cerciorarse con sus ojos de cuanto á su señor había sido contado. El emperador los regaló ampliamente y en seguida fueron llevados por el lago hasta Texcoco, subidos en un alto monte, mostráronles desde allí las llanuras de Tlaxcala en que á la sazón estaban los extranjeros. De vuelta á México, Motecuhzoma les hizo comprender la necesidad de destruir á los intrusos, uniendo las fuerzas de las monarquías poderosas de Anáhuac, supuesto que su división acarrearía la pérdida de una tras otra. Esto relataron, y Zuangua, siguiendo el aviso egoísta que predominó en todos los señores indios, no envió el socorro pedido. (2) Cada uno pensaba en que los forasteros destruirían á sus enemigos, dejándoles á ellos libres y vengados; caso de guerra, cada uno se salvaría con sus propias fuerzas: así los invasores vencieron sucesivamente las pequeñas fracciones, cayendo en la misma servidumbre los mal aconsejados príncipes.

Las viruelas traídas por un esclavo negro de la armada de Pánfilo de Narvaez, se habían derramado por los pueblos causando horribles estragos; de la costa penetró la peste al interior,

(1) Relacion de Mechoacan, pág. 75—78.

(2) Relacion de Mechoacan, pág. 78—83.

invadió á México, adelantándose despues al Norte multiplicando sus víctimas en todas las poblaciones. En Michhuacan, el asolador azote hizo sucumbir á los papas principales, perecieron muchos de los más nobles señores, y el mismo anciano *curonci* Zuangua perdió la vida. Reunidos los ancianos entraron en consulta para alzar nuevo rey, y dirigiéndose á Zizincha Tangaxoan, el mayor de los hijos del difunto, le dijeron: "Señor, sé rey. ¿Cómo ha de quedar esta casa desierta y anublada? Mirad que darémos pena á nuestro dios *Curicaberi*. Algunos dias haz traer leña para los cues." Respondió Zizincha: "No digais esto, viejos. Sean mis hermanos menores, y yo seré como padre de ellos, ó séalo el señor de Cuyacan llamado Paguingata." Dijéronle: "¿Qué dices, señor? Ser tienes señor. ¿Quieres que te quiten el señorío tus hermanos menores? Tu eres el mayor." Dijo el cazonci despues de importunado: "Sea como decis, viejos, yo os quiero obedecer; quizá no lo haré bien; ruegoos que no me hagais mal, mas mansamente apartadme del señorío. Mirad que no habemos de estar callando. Oid lo que dicen de la gente que viene, que no sabemos qué gente es; quizá no serán muchos dias los que tengo de tener este cargo." Así quedó por señor, mandando matar á sus hermanos, á pretexto de que le ofendían con sus mujeres, y trataban de quitarle el señorío. (1)

Quando la multitud estaba todavía en el duelo del viejo cazonci, llegaron otros diez embajadores méxica de parte de Cuitlahuac, hecho saber á Zizincha, dijo: "Llevadlos á las casas del padre de mi padre," y lleváronlos y dijéronles: "Seais bien venidos, no está aquí el cazonci que es ido á holgarse." Envió el hijo del cazonci á llamar á los señores, y dijo: "¿Qué harémos á esto que vienen los mexicanos? No sabemos qué es el mensaje que traen, vayan tras mi padre á decillo allá, á donde va al infierno; decídselo que se aparejen, que se paren fuertes, que es la costumbre así." Y hiciéronselo saber á los mexicanos, y dijeron: "Baste que lo ha mandado el señor, ciertamente que habemos de ir, nosotros tenemos la culpa, é presto mándelo, no hay donde nos vamos: nosotros mismos nos venimos á la muerte." Y com-pusieronlos como solían componer á los cativos, y sacrificáronlos en el Cú de Curicaberi y de Xaratanga, diciendo que iban

(1) Relac. de Mechoacan, pág. 84—85.

"con su mensaje al cazonci muerto: decían que les trajeron ar-
"mas de las que tomaron á los españoles, y ofreciéronlas en sus
"cues á sus dioses." (1)

Esta relacion aceptamos por verdadera, como más auténtica,
no obstante lo que escribe Boturini. (2) Dice que Cuauhtemoc,
pidiendo de nuevo socorro, mandó embajadas al gran *catzontzin*
Tangajuan, quien inmediatamente mandó juntar en los llanos di-
chos de Avalos, cien mil guerreros tarascos y cien mil teochichi-
mecos. En aquella sazón murió una hermana del monarca, la
cual velada cuatro dias en un sótano del templo mayor, resucitó
mandando llamar á Tangajuan: díjole que no convenía dar soco-
rro á los mexicanos, porque la gente extranjera que les hacía la
guerra había de ser señora de toda la tierra, sobre la cual do-
minaría la santa ley que traerían. "Y para más evidente testimo-
nio, el dia de la feria principal vería por la region del aire venir
"de la parte del Oriente un mancebo con una luz en la una ma-
"no, y en la otra una espada, que era la arma que esta nacion re-
"cien venida usaba, y pasando por encima de la ciudad, iría á
"ponerse por la de Occidente; y habiendo sucedido todo á la le-
"tra, el rey prestó entera fe á estas y demas cosas que le dijo su
"hermana, dejó las armas despidiendo á sus soldados, y recibió
"de paz en su reino á los españoles." En todas las naciones, aún
en las más civilizadas, á las grandes catástrofes, al decir del vul-
go, precedieron extraordinarios prodigios; de esas leyendas, las
unas fueron inventadas *a posteriori*, las otras contienen hechos
reales, que revestidos de fantásticos arreos, se acomodaron al
propósito de la preocupacion pública.

La conquista del reino de Michhuacan sale fuera de los lími-
tes del cuadro que nos hemos trazado, por lo cual, suspendiendo
la relacion histórica, pasamos á la civilizacion. Michhuacan, co-
mo vimos en los nombres gentilicios, es nombre de la lengua me-
xicana; ignoramos cuál era el propio de aquel reino en el idioma
de sus naturales. Respecto del nombre de la nacion, habiéndose
presentado tres españoles en Tzintzontzan, despues de la con-
quista de México, al tornarse, "llevaron dos indias consigo que
"le pidieron al cazonci de sus parientas, y por el camino juntá-

(1) Relac. de Mechoacan, pág. 84.

(2) Catálogo del Museo Indiano, § XIV.

"banse con ellas y llamaban los indios que iban con ellas á los
"españoles *tarascue*, que quiere decir en su lengua *yernos*, y de
"allí ellos despues empezáronles á poner este nombre á los in-
"dios, y en lugar de llamarlos *tarascue*, llamáronlos *tarascos*, el
"cual nombre tienen agora y las mujeres *tarascas*." (1) En con-
firmacion aducimos esta autoridad: "Y los castellanos la dieron
"este nombre, porque cuando entraron en este reino, los indios
"principales les daban sus hijas, y *tarascue* es tanto como yerno,
"y de aquí quedó la tierra de los *tarascos* y la lengua *tarasca*." (2)
Este apellido, pues, es invencion de los castellanos, aplicado des-
pues de la conquista de México. Ellos en su idioma se decían
Eneami y *Cacapiureti*; (3) aunque hemos ya observado en la rela-
cion, que cada una de las tribus tenía nombre diverso, que per-
dieron al sujetarse al cetro de los reyes Vacanaze.

La deidad principal era *Tucapacha*, dios único, creador de to-
das las cosas, dispensador de la vida y de la muerte, de los
buenos y malos temporales: invocábanle en sus tribulaciones,
mirando al cielo entendiendo que ahí estaba. Creían en la in-
mortalidad del alma, la vida futura, el cielo, el juicio final y el
fin del mundo. *Tupacha* hizo de barro un hombre y una mujer,
los cuales, entrándose á bañar, se deshicieron en el agua: entón-
ces *Tupacha* los volvió á formar de ceniza y de algunos metales, que-
dando fuertes y siendo los progenitores del género humano. Hu-
bo un diluvio que destruyó todos los seres; salváronse en un
madero como arca, el sacerdote *Tezpi*, su mujer ó hijos, con dife-
rentes animales y semillas. Menguando el agua, *Tezpi* soltó un
zopilote, el cual se entretuvo con los cuerpos muertos; otros pá-
jaros envió que tampoco volvieron, hasta que el *tzintzon*, colibrí,
retornó trayendo en el pico una ramilla. (4) En todo ello no
pueden menos de verse las doctrinas cristianas.

Mezcladas á estas ideas encontramos el culto del sol, de la luna,
del fuego, y de los dioses de las cuatro partes del mundo, de los de
la mano derecha y de la izquierda, todo lo cual se refiere á la astro-
latria y á mitos astronómicos. Cuando los chichimecas *Vacanaze*

(1) Relacion de Mechoacan, pág. 86.

(2) Herrera, déc. III, lib. III, cap. IX. Beaumont, lib. 1, cap. VII. MS.

(3) Relacion de Mechoacan, pág. 128.

(4) Herrera, déc. III, lib. III, cap. X.

llegaron á Michoacan, traían á su dios *Curicuberi*, que parece era una piedra; al hacerse dueño del país, ésta quedó como principal divinidad, la cual tenía en la isla *Apupato* consagrado un tesoro de diez arcas de plata fina en rodela, mitras para las víctimas y plumajes verdes. (1) Las tribus invadidas tenían cada cual su dios particular, aunque hermanos de *Curicuberi*; así vemos en el pueblo de *Curincuaru achurin* al dios *Vndebecubecara*, en *Pechataro* á *Tirepemexugapeti*; en *Hámuco* á *Tiripeme Turup-ten*; en *Pareo* á *Tiripeme Caheri*. *Xaratanga*, diosa, tenía ya templos y papas ó sacerdotes; (2) reunido el reino bajo los *Vacana-ze*, ésta quedó como la segunda divinidad y en compañía de su hijo *Manovapa*, tenía también consagrado tesoro en *Apupato*, puesto ahí por los antecesores del cazonci. En *Xanicho* había otro tesoro de plata, mitras llamadas *angaruti* y tortas dichas *curinda*, dedicado á la luna por *Zuangua*. (3)

Curitacaheri, mensajero de los dioses, y su hermano *Tiripamecuarencha*, la diosa *Cueravaperi*, madre de los dioses, á la cual sacrificaban víctimas, echando los corazones en las fuentes termales de *Araro*; los vapores que de ella se desprendían decían que formaban las nubes que estaban á cargo de la diosa, la cual las enviaba al Oriente, su morada. Se introducía en las gentes, poniendo ánimo en ellas para ser sacrificadas. "Era tenida en mucho "en toda esta provincia y nombrada en todas sus fábulas y oraciones, y decían que era madre de todos los dioses de la tierra "y que ella los envió á morar á las tierras, dándoles mieses y semillas que trujesen. Tenía sus aves en el pueblo de *Araro* y "otros pueblos, y su ídolo principal en un Cú que está en el pueblo de *Cinapecuaro*, encima de un cerro en donde parece hoy "día derribado, y decía la gente que esta diosa enviaba las "hambres á la tierra." (4)

En *Tzacapu* había un gran dios á quien tenían por autor y principio de los bienes; ofrecíanle las primicias de las mieses, incienso, mantas, joyas, esteras, flores, cuanto precioso tenían y víctimas humanas. En aquel templo asistía el gran sacerdote llamado *Curi-*

(1) Relac. de Mechoacan, pág. 97.

(2) Relacion de Mechoacan, pág. 140.

(3) Relacion de Mechoacan, pág. 97.--98.

(4) Relac. de Mechocan, pág. 19.—21.

nacaueri, á quien veneraba el pueblo como á cosa celeste. En la fiesta anual celebrada para ofrecer las primicias de los campos, el cazonci salía de *Tzintzuntzan* atravesando el lago hasta *Tzi-rondaro*, ahí tomaba la tierra firme, siguiendo por una calzada limpia y bien compuesta; llegado al santuario, poníase de rodillas delante del sacerdote, le besaba la mano y entregaba los magníficos regalos destinados al dios: nobles y pecheros hacían aquellas humildes reverencias, ofrendando cada quien según sus facultades. "Era el ídolo descomunal, que ostentaba con singulares adornos su fiereza, y cada joya que orlaba su vestidura correspondía un haz de condenados de los que le ofrecían en sacrificio." (1)

Los templos ó Cú eran semejantes á los de los méxica; junto á ellos estaban las viviendas de los sacerdotes, quienes velaban por la noche haciendo oración y manteniendo el fuego sagrado.

Hemos visto que el culto de los dioses lo simbolizaban, en la preocupación de traer leña para los fogones. Los sacerdotes predicaban al pueblo, poniéndole gran espanto para seguir sus doctrinas, pidiéndole entera sumisión á sus mandatos; todos tenían que conformarse, porque el cazonci los apremiaba. "Traían los cabellos largos, y coronas abiertas en la cabeza como los de la iglesia católica, y guirnaldas de flecos colorados." (2) Para el sacrificio salían atezados de negro, enmarañados los cabellos, ceñida á la frente una cinta de cuero, rodela de plumas en las manos y vestiduras blancas labradas de negro. (3)

"En cada cú ó templo había un sacerdote mayor, como obispo, "diputado sobre los otros sacerdotes: llamaban á todos estos "sacerdotes *cura*, que quiera decir abuelo, y todos eran casados, "y veníanles por linaje estos oficios, y sabían las historias de "sus dioses y sus fiestas." (4) Infiérese de esto, que formaban una verdadera casta sacerdotal. Dividíanse en una gerarquía perfecta. El sacerdote supremo ó pontífice era el *Petamuti*, que residía en *Tzintzuntzan*: los *curitichea* eran los predicadores, encargados también de traer la leña; los *curitacha* ó *curipecha* po-

(1) Beaumont, Crón. de Michoacan, lib. I. cap. VIII. MS.

(2) Herrera, dec. III, lib. III, cap. X.

(3) Beaumont, Crón. de Michoacan, lib. I, cap. VIII. MS.

(4) Relac. de Mechoacan, pág. 21.

nían incienso en los braseros y traían ramas y juncia para las fiestas: los *timecha*, que llevaban cargando á los dioses en las batallas; los *axamiecha* ó sacrificadores á cuya dignidad correspondían el cazonci y los señores; los *opitiecha* ó encargados de tener asegurada la víctima por manos y piés; los *pasariecha*, sacristanes y guardas de los dioses; los *hatapatiecha*, que venían cantando delante de los cautivos que traían de la guerra; los *quiquiecha* que llevaban arrastrando al cadáver de la víctima, y ponían la cabeza en los varales; los *hiripacha*, encargados de hacer las oraciones y conjuros propiciatorios para la guerra, los cuales ejecutaban en los templos, junto á los fuegos que allí ardían, con los olores llamados *andanigua*. Había también atabaleros, tocadores de bocinas y cornetas. (1)

Respecto de las víctimas humanas, encontramos que al dios *Toras*, "sacrificaban culebras, aves y conejos, y no los hombres, "aunque fuesen cautivos, porque se servían de ellos como de es- "clavos." (2) Si tal acontecía en el culto de este númen, no pasaba lo mismo con las otras divinidades. La relación que nos sirve de guía, hablando de las costumbres seguidas de la guerra, dice textualmente: "y entraban en las casas, y cativaban todas las "mujeres y muchachos y viejos y viejas y ponían fuego á las ca- "sas despues de haber dado sacomano al pueblo, y tomaban "ocho mil cativos aquella vez, ó diez y seis mil, y ponían miedo "grande en los enemigos, y traían todos estos cativos á la cib- "dad de Mechoacan, donde los sacrificaban en los cues de *Curi- "caberi y Xaratanga*, y los otros dioses que tenían allí en la cib- "dad y por la provincia, y guardaban los mochachos y criaban- "los para su servicio para hacer sus sementeras, los viejos y "viejas y los niños de cuna y los heridos sacrificaban antes que "se partiesen en los términos de sus enemigos, y cocían aque- "llas carnes, y comíanselas." (3) Consta además, que los sacerdo- tes comían los corazones de las víctimas, abandonando el cadáver al pueblo: resulta, pues que los sacrificios eran frecuentes y nu- merosos, y que los michhuaca se entregaban á la antropofagía en mayor escala que los méxica. Los sacrificios tenían lugar idé-

(1) Relac. de Mechoacan, pág. 21—22.

(2) P. Sahagun. tom. 3, pág. 138.

(3) Relac. de Mechoacan. pág. 35.

ticamente como entre los demás pueblos, tomando la víctima por piés y manos, tendiéndola sobre la piedra y arrancándole el corazón: las cabezas conservaban en unos varales. En la fiesta de *Sicuindiro*, los *hauripiciecha* bailaban vestidos los pellejos de los esclavos sacrificados. (1)

Sin duda que los chichimeca Vacanaze, al penetrar en Michhuacan, encontraron ya establecida entre los aborígenes la costumbre de los sacrificios humanos. Los sacerdotes que educaban á *Tariacuri*, le decían, inculcándole la venganza que había de tomar por la muerte de su padre: "mira que sacrifican en la isla de la "laguna. . . en *Pacandan* también sacrifican. . . en *Curincua- "ro*. . . en *Cumachen*. . . en *Zacapu* y en *Zizabaren* que es *Nar- "ranjan*." (2)

Michhuacan tuvo también su profeta que vaticinara la venida de una nueva doctrina. Bajo el reinado de Zuangua vivió en *Erongaricuaro* (lugar donde se está en atalaya ó espectación) un gran sacerdote, acreditado por su profunda sabiduría, justificada conducta é irreprochable justicia, al cual tributaba el pueblo el más profundo respeto, consultándole en sus dudas, y acatándole en sus resoluciones. Entre otras ceremonias instituyó la llamada *Pevanscuaro*, semejante á la cristiana del nacimiento de N. S. Jesucristo, y la de *Taitacuarensuaro* imitando la Resurrección. "Y creyeron tanto las profecías que les hacía de que presto ven- "dría quien les enseñase la verdad de lo que debían creer y ado- "rar, y las exhortaciones de que se mostrasen dóciles á ella, que "segun afirmaron varios indios, que habían sido sus subalter- "nos en el ministerio, este fué el motivo de que con tan grande "prontitud y facilidad se admitiera la religión cristiana, en una "nación que no conserva con ménos tenacidad que las demás In- "dianas, las costumbres y tradiciones de sus mayores." (3)

Michhuacan contenía tribus de distinto origen etnográfico. La población principal formábanla los tarascos; los otomíes y ciertas tribus broncas llamadas chichimeca ocupaban la frontera NE.; al O. y al S. vivían familias de lengua mexicana; hácia el

(1) Relac. de Mechoacan, pág. 20.

(2) Relación de Mechoacan. pág. 163.

(3) P. Ramírez, jesuita, Hist. del Colegio de Pátzcuaro, citado por Moreno, vi- das de D. Vasco de Quiroga, pág. 28.—Beaumont, Crón. lib. 1, cap. XII. MS.

centro y E. se habían vecindado los matlatzínca. Sujeto á un sólo cetro por Zirispandacuare, el reino estaba dividido en cuatro provincias, correspondientes á las fronteras principales, regida cada una por un gobernador, de sólo menor gerarquía que el cazoncí. Cada pueblo tenía un señor llamado *carachacapacha*, nombrado por el rey, y cuidaba de que sus subordinados trajesen leña para los cues y acudiesen á la guerra cuando fuesen llamados. Eran nobles, así como los *acharcha*, que de continuo acompañaban al cazoncí y le tenían palacio. Los *ocambecha* recogían los tributos y hacían ejecutar las obras públicas, bajo la vigilancia de un superintendente mayor.

Aparece que todo estaba organizado como por gremios, en la mejor policía. El *pirovaque vandari* tenía cargo de recoger las mantas, algodón, y esteras del tributo, para repartirlo en las necesidades comunes. El *tareta vaxatari* superior de los mayordomos que cuidaban de las sementeras del cazoncí, con otro encargado de la construcción de las casas, y renovación de los cues. El *cacari*, diputado sobre los canteros y pedreros: cada uno de éstos se entiende que era el superior, al que seguían empleados inferiores. El *guavicoti* ó cazador mayor; el *curuhapindi* que entendía en la caza de patos para sacrificar á Xaratanga; el *varuni* superior de los pescadores con red; y el *tarama*, de los pescadores de anzuelo. El *cavaspati* recogía las semillas; el *atari* ó tabernero mayor; el *cuzuri*, pellejero y zapatero; el *usquarecuri*, guardador de los plumajes. Cuidaba de los montes el *pucuriguari*; de los tambores y bailes el *curinguri*; de la ropa el *chereguecuauri*; de los arcos y flechas el *guanicoquauni*; del maíz el *guenque*; de las canoas el *hicharuta vandari*; con el barquero mayor el *paricuti*. Jefe de los espías de guerra, jefe de los mensajeros y correos, *vaxanoti*. Todos estos oficios se tenían por sucesion, pasando de padres á hijos ó hermanos, aunque nombrados por el cazoncí. (1)

Ademas había encargados de dar de comer á las águilas de la pajarera real, á los leones y adives, y á un lobo y á un tigre que cuando eran grandes los flechaban y ponían otros chicos; un encargado de los médicos, de los labradores de jícaras (*uraniatari*), de los pintores (*chunicha*), de los alfareros (*incazicuavi*), de los que

(1) Relac. de Mechoacan, pág. 13-18.

hacían flores y guirnaldas para la cabeza, de los mercaderes que buscaban por rescate oro, plumas y piedras preciosas. Los valientes guerreros, caballeros del cazoncí, se llamaban *guangarriecha*, distinguiéndose con bezotes de oro ó turquesas ú orejeras de oro. (1)

El rey ó señor principal llevaba el título de cazoncí. Encontramos ortografiada la palabra *Calzontzi*, *Caltzontzin*, *Cacoltzin*, &c. Segun la version de Herrera, cuando Zinzicha vino á México á dar obediencia á Cortés, mientras sus nobles venían ricamente ataviados, él traía vestidos humildes y plebeyos, los méxica, apodándole por ser su enemigo y venir de su voluntad á rendirse, "le llamaron alpargate viejo, y este nombre se le quedó para siempre, sin que jamas le llamasen otro." (2) Dícese tambien que le dijeron *Caltzontzi*, que significa, *el que nunca se quitó el calzado*, porque jamas rindió homenaje al emperador de México, quitándose el calzado como era costumbre. (3) En nuestro concepto, *Cazoncí* es el verdadero título de dignidad; los mexicanos, por encono y desprecio, jugando con la palabra, formaron *Cacoltzin*, introduciendo la radical de *cactli*, zapato, el diminutivo despreciativo; y el *tzin* reverencial.

El cazoncí era absoluto, y aparece que sólo se sujetaba á ciertos ministros de su religion; dueño de vidas y haciendas, los vasallos le tributaban cuanto tenían, dándole mujeres é hijos si era su buen querer. Así el pueblo estaba sujeto á estado servil, viviendo en la más espantosa servidumbre. La condicion de los nobles y señores era más llevadera, aunque no exenta de vejaciones, pues acudían al servicio del rey y hacían la guerra luego que para ello eran requeridos. (4)

El servicio de la casa de cazoncí se hacía exclusivamente por mujeres; de ellas tenía un gran número hijas de principales ó parientas suyas, las cuales fuera de las faenas domésticas no tenían otra obligacion que salir á danzar en las fiestas con el rey, preparar las ofrendas de pan y de mantas para *Curicaberi*, pues eran reputadas como esposas del dios. Encerradas en una especie

(1) Relacion de Mechoacan, pág. 18.

(2) Herrera, déc. III, lib. III, cap. VIII.

(3) Moreno, vida de D. Vasco de Quiroga, pág. 27, nota.

(4) Herrera, déc. III, lib. III, cap. X.—Beaumont, lib. 1, cap. VIII. MS.